

Alabarces, Pablo (julio 2005). *Maradona, el fútbol, la patria, el peronismo y otros gremios paralelos : Un héroe en disponibilidad*. En: Encrucijadas, no. 33. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositorioubu.sisbi.uba.ar>>

MARADONA, EL FÚTBOL, LA PATRIA, EL PERONISMO Y OTROS GRE MIOS PARALELOS

Un héroe en disponibilidad*

En tiempos de crisis, los símbolos, fetiches, las representaciones sociales tienden a vaciarse de contenido, a desaparecer. En los años '80 y '90, en un contexto político en decadencia, con instituciones débiles, ambiguas y contradictorias, Maradona se convirtió en figura identificatoria de toda una nación. Deseos, aspiraciones y frustraciones recayeron en el ídolo. Su condición como deportista y la historia del joven humilde devenido héroe hicieron el resto para resignificarlo mito nacional. Aquí se analiza la transfiguración del símbolo maradoniano a través del tiempo: gloria y decadencia, usos y desusos de "un héroe en disponibilidad".

PABLO ALABARCES

Licenciado en Letras (UBA), Magister en Sociología de la Cultura (IDAES-UNSAM) y Doctor en Filosofía (University of Brighton). Es Profesor Titular de Cultura Popular y Cultura Masiva de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA e Investigador Independiente del CONICET. Ha dictado seminarios de maestría y doctorado en las Universidades Nacionales de Buenos Aires, San Martín (IDAES) y Rosario, y ha sido Profesor Visitante en universidades de Brasil, Uruguay y Gran Bretaña. Entre sus libros se cuentan Fútbol y Patria (2002) y Crónicas del aguante (2004). Es actualmente Secretario de Investigación y Posgrado de Ciencias Sociales (UBA).

En el origen de este texto, una charla. En la Sociedad Científica Argentina, en el marco de un ciclo titulado "Las ciencias adelantan que es una barbaridad". Y allí, ante un público escaso pero cordial, en medio de una gripe descomunal, comencé –debí comenzar– tratando de explicar qué hacía Maradona en un ámbito de divulgación científica, codeándose con discusiones sobre enzimas o bioética. Hay que creer mucho en el poder explicativo de las ciencias sociales para convencer a diez escépticos espectadores de que interpretar los veinte años en que Maradona fue un centro poderoso de la narrativa patriótica –los relatos con que una sociedad se explica como nación– es un objeto científico.

Pero las ciencias sociales están para eso: para interpretar nuestra comunidad, diagnosticarla, abrirse paso entre sentidos comunes, profundizarla, comprenderla, y así proveer de insumos para políticas públicas o acciones colectivas que la transformen. En ese contexto, analizar el "caso Maradona" no quiere ser una charla futbolística, sino el intento de entender qué pasó con una sociedad que debió echar mano de un héroe deportivo para suplantar una política ausente, y allí, en los pliegues de sus gambetas y sus desplantes, instalar sus expectativas, sus fantasías y su deseo. Leer a Maradona, en suma, como operación de las ciencias sociales; mal que le pese a Juan José Sebreli, al que la expresión "leer a Maradona" le causó urticaria. Por eso, quisiera dedicarle especialmente esta versión; aunque, inevitablemente, Sebreli nunca entendió ni entenderá estos argumentos.

Mitos nacionales en contextos específicos

¿Dónde se origina la capacidad de Maradona para convertirse en mito nacional por excelencia de los años '80 y parte de los '90? Como señala Burke, “¿por qué los mitos se vinculan a algunos individuos (vivos o muertos) y a otros no? (...) La existencia de esquemas no explica por qué se vinculan a determinados individuos, por qué algunas personas son, por así decirlo, más ‘mitogénicas’ que otras” (Burke, 1997: 75). La calidad mitogénica de Maradona es indiscutible; y la respuesta a la pregunta de Burke se halla en la compleja intersección de todos los elementos que podemos analizar en Maradona*: su calidad deportiva excepcional, la condición heroica (por ejemplo, el gol a los ingleses – obviamente, el segundo–); el relato de origen (la épica del pobre que asciende sin olvidar sus orígenes); el contexto global de actuación, el nuevo rol de los medios de comunicación, ahora centrales; y en una expansión indetenible, los flujos y reflujos de ascenso y caída; pero también las condiciones políticas de producción del mito, que hallaron en Maradona un héroe en disponibilidad, para que, en determinado momento de la historia argentina, estos elementos se encarnaran en él... y sólo en él.

Porque este juego de significados no se produjo en un contexto aleatorio o neutral; era un momento en que la crisis de los grandes relatos descripta por el posmodernismo se colocaba en la superficie de la política argentina y describía un mapa de inestabilidad, ambigüedad y contradicciones; de debilidad en la capacidad de las instituciones de la modernidad –escuela, Estado, política, sindicalismo– para constituir sujetos sociales. De manera sintética, en pocos años –todos contemporáneos con el esplendor de Maradona– se sucedieron tres marcas que contribuyeron a debilitar la capacidad de esos mecanismos:

- a. La claudicación del gobierno alfonsinista en 1987 frente a las presiones militares, con la sanción de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, fue experimentada como una traición, especialmente por los sectores juveniles que se habían acercado a la política en la transición democrática, alentados por las esperanzas de hacer justicia con la masacre cometida por los militares durante la dictadura. El término “careta” pasó a describir, entre los jóvenes, esta condición de falacia y doblez de la política adulta. El síntoma más evidente fue el repliegue hacia consumos y prácticas culturales donde los jóvenes se percibían como autónomos del mundo adulto-careta: el rock... y las hinchadas de fútbol. Allí, Maradona funcionaba como el símbolo de una autenticidad perdida que vinculaba ambos territorios.
- b. Los explosivos saqueos de la hiperinflación de 1989 indicaron la aparición de síntomas de anomia, fragmentación, debilidad de la sociedad civil, ruptura de los lazos de sociabilidad y la incapacidad de las instituciones estatales para establecer mecanismos simbólicos y pragmáticos de inclusión social. Un Estado benefactor precario, inventado por el peronismo en los años '40 y '50, se revelaba ya como absolutamente ineficaz.
- c. Pero la salida de esa crisis fue peor. El peronismo, nuevamente en el gobierno desde 1989, cambió vertiginosamente su discursividad tradicional: del populismo distribucionista pasó a asumir las formas más radicales del neoconservadurismo, iniciando la etapa conocida como menemista.

Este cuadro, que de manera sintética muestra a partidos democráticos claudicando frente a presiones autoritarias y a partidos populistas reciclados como conservadores y antipopulares, describe un contexto de inestabilidad y fractura de todos los relatos que habían explicado la Argentina del siglo XX. Maradona, entonces, podía ubicarse como un último gran relato de doble significación: por un lado, como la supervivencia de la añeja vinculación entre fútbol y nación; y por el otro, como portador de una serie de marcas de ídolo popular: el origen pobre y la fidelidad a ese origen, el modelo de llegada desde la pobreza; la picardía, la rebeldía, la denuncia, la persecución, la solidaridad con los suyos.

Maradona, entonces, se transformaba en el último anclaje de esos sentidos, un anclaje plebeyo de la patria.

Pero además, Maradona se presentaba a sí mismo como el portavoz autorizado de los desplazados, “la voz de los sin voz” (un viejo eslogan peronista). Y esa asunción le permitió a cierta prensa (especialmente entre 1987 y 1995) colocar a Maradona en un lugar político, impregnado de la tradición del populismo progresista y cultor de los tópicos de la alternativa y la resistencia de las culturas populares: “El pibe salió respondón. Un negrito deslenguado. Los que se cambiaron de bando no le perdonan que tantas veces sintonice con la sensibilidad de los humildes” (AA.VV., 1992: 5). Esta deriva permitió, tras el Mundial '94 y el regreso de 1995, proponer un último gran desplazamiento: Maradona como una versión posmoderna de Perón y Evita. Como observó Carlos Ares en la revista La Maga: “Maradona es el Perón de los noventa, el único líder posmoderno capaz de seguir luchando en el fin de siglo argentino por la liberación o la dependencia (...) Maradona es, también, la Evita de los noventa. Uno de los amados grasitas, un descamisado de Versace” (Ares, 1995: 32).

Épicas globales, héroes locales

La representación nacional de Maradona tuvo su clímax –y su cierre– en el Mundial de 1994 en Estados Unidos. Pero, más que por su desempeño, por su exclusión por doping, luego del segundo partido. Las reacciones públicas ante el anuncio instalaban en las calles una sensación de duelo generalizado –con banderas arrastradas, rostros llorosos apiñados contra las vidrieras de electrodomésticos–; un duelo que disparaba el recuerdo hacia la última experiencia colectiva similar: la muerte de Perón, exactamente veinte años antes. No se lloraba una derrota –que ocurriría sólo horas después–; se lloraba una muerte, simbólica, pero muerte al fin: la de la relación entre el ídolo y la patria.

Los años que siguieron confirmaron ese cuadro. Maradona se transformó en un jugador asistemático, retornando a Boca una vez cumplida una suspensión de 15 meses en 1995, para jugar poco y mal, sin obtener nuevos títulos; y ser envuelto en nuevos escándalos de sospechas de doping. Abandonó las líneas políticas progresistas y pareció encontrar un lugar más estable junto a los repertorios del neoconservadurismo populista; pero además, al descender a la escena local, su estatura mítica se redujo, desapareciendo como núcleo de representación de la nacionalidad. Maradona representaba con holgura la Nación mientras jugaba en Europa y vestía la camiseta argentina. Pero cuando descendió al mundo de lo local, la camiseta de Boca Juniors produjo una localización exacerbada. En sus visitas al interior de la Argentina se producía un fenómeno interesante: era aturdido por el cariño del público fuera del estadio, y minuciosamente abucheado dentro de la cancha. La estatura mítica cedía paso a la afiliación partidaria terrenal.

Mientras el ídolo futbolístico estuvo afuera del país, todo parecía indicar que, en un momento de fractura de los relatos políticos clásicos, Maradona permitía la discusión de la idea de patria, relevando los relatos modernos de la identidad: de los padres fundadores y del procerato, o del populismo nacionalista. Y sin embargo, al poco tiempo de su regreso, una parte importante de esa significación se diluyó progresivamente. La carga que Maradona llevó sobre sí durante tantos años coincidía, precisamente, con los años en que estuvo ausente del país (entre 1982 y 1993). La carga simbólica nacionalista asociada a Maradona se amplificó en el circuito global y se diluyó en el contexto local. Sólo el fin de su carrera, cierta desboquización, permitió que resurgiera como símbolo nacional. Pero apenas de una memoria.

Del mito a la mercancía

Porque su fin como actor de heroicas épicas globales implicó también que el nuevo lugar de Maradona sea apenas un índice hacia el pasado, hacia lo que pudo ser, hacia el momento en que su nombre era símbolo. Cuando las hinchadas corean su nombre antes de los partidos de la Selección nacional, designan un homenaje; cuando lo hacen protestando por una mala actuación, también remiten al pasado, como tiempo clausurado y nostálgico.

El lugar de Maradona está hoy más cercano a la mercancía mediática –a la prensa del corazón o a la narrativa del jet set– que a la producción de sentidos socialmente pertinentes. Congelado como símbolo, queda reducido a memoria. Su último periplo – poco heroico–, a comienzos del 2004, el que lo llevara por quintas privadas, sanatorios modelos, clínicas de rehabilitación y estudios de televisión; bordeando la muerte en una búsqueda por ahora inacabada, pareció abandonar todo sentido trágico y transformarse en pura farsa –la vieja lección del 18 Brumario: sólo la primera vez es tragedia. Hoy su transgresión más notoria no es su tatuaje con el rostro del Che en un hombro; sería el no morirse, o hacerlo de viejo, en una hamaca cubana, con un cigarro en los labios y un regimiento de nietos jugando al fútbol. Morirse joven también está previsto en un guión televisivo. Resistir ese mandato sería lo verdaderamente transgresor.

Lo que se ha cancelado, provisoria o definitivamente, es la viabilidad –en épocas tan conservadoras, una posible alternativa– de un símbolo, a la vez, nacional y popular. El símbolo plebeyo que nombra simultáneamente la posibilidad de la Nación y de sus clases populares como sujeto activo de sus narrativas. Más cercano que el peronismo, quizás su relevo más eficaz, porque nombra una Arcadia más próxima temporalmente, aunque se trate de una Arcadia meramente del deseo –sin pleno empleo ni redistribución del ingreso–; Maradona es ese mito y a la vez su clausura, no en vano, contemporánea del menemismo, o de la superación del peronismo por otros medios.

** Una versión extendida de este análisis puede leerse en mi Fútbol y Patria. El fútbol y las narrativas de la Nación en la Argentina, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2002.*

Bibliografía

- AA.VV. (1992), “Queremos tanto a Maradona”, servicio especial de El Porteño, XI, 122, Buenos Aires, febrero: 4-13.
- Alabarces, P. (2002), Fútbol y Patria. El fútbol y las narrativas de la Nación en la Argentina, Buenos Aires, Prometeo Libros.
- Ares, C. (1995), “El día de la lealtad”, en La Maga, V, 195, 11/10/95: 32.
- Burke, P. (1997), Varieties of Cultural History, Cambridge: Polity Press.